



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# EXTRAÑA REALIDAD

Luis Martín Toledo



DIPLOMA 2015

# **Extraña realidad**

- A. Dumas -

Llegó a casa cansado, era tarde, y sin lugar a dudas no había sido un buen día. Estaba exhausto y tenía la ropa empapada pues no había parado de llover en toda la semana. Detestaba la lluvia porque oscurecía el cielo y ensombrecía su estado de ánimo. Aun así pensó que antes de irse a la cama y reponer, al menos en parte, esas fuerzas que había perdido a lo largo de la jornada, debía prepararse algo para cenar y darse una buena ducha caliente que le hiciese entrar en calor.

Al entrar en casa escuchó el ruido de la televisión y cayó en la cuenta de que su novia, Alicia, había llegado antes que él. Observó que estaba sentada en el viejo sofá de color rojo, sofá que a pesar de su aspecto seguía siendo muy confortable. Lo cierto es que el piso en el que vivían también era antiguo, pequeño y sin comodidades.

—¿Qué tal el día? Pareces cansado —preguntó Alicia tras el primer vistazo— Y... ¡Oh! Estás empapado que vienes de... ¿nadar? —Añadió bromeando con una amplia sonrisa, lo cual era habitual en ella— Más vale que te quites rápido esa ropa.

—Muy graciosa, sí...lo cierto es que en realidad se me ha roto el paraguas a dos calles de aquí, parece que hoy no es mi día de suerte —respondió más animado— Creo voy a prepararme algo rápido para cenar. Por cierto... ¿ya cenaste?

—Sí, no te preocupes, ya he cenado, no sabía a qué hora volverías hoy —dijo Alicia mientras volvía a prestarle atención a su ordenador portátil.

Tras haber puesto unos macarrones a hervir, aprovechó el tiempo de cocción para darse una ducha relajante con el agua muy caliente. Y es que sus nulas dotes culinarias provocaban que se conformara con comer pasta casi a diario. Una vez en la ducha siempre aprovechaba los escasos minutos que pasaba bajo el agua para repasar mentalmente lo que había sucedido durante el día. El vapor que inundaba el baño favorecía a ello. Pero lo cierto es que hoy no le había ocurrido nada relevante por lo que este ejercicio duró menos de lo habitual.

Mientras cenaba junto a Alicia, sentado en el viejo sofá rojo, escuchó que en la televisión estaban hablando de las pruebas de acceso a la universidad que comenzaban ese día. Las imágenes mostraban a numerosos estudiantes con evidentes muestras de nerviosismo. Observando sus gestos se podía deducir cuales habían pasado horas estudiando, ya que irradiaban seguridad en sí mismos y

cuales, en cambio, dudaban de sus posibilidades ante la hercúlea tarea que tenían por delante. Pensó que esa foto fija sería similar en casi todo el mundo.

—Mira eso —dijo él—, ¿no te trae recuerdos?

—La verdad es que parece que haya pasado una eternidad —comentó ella—. Pero claro que recuerdo aquellos días —y dejando de prestarle atención al portátil añadió bastante interesada—: tres días si no me falla la memoria y siete u ocho exámenes. Además recuerda que yo necesitaba una nota media alta para entrar en la carrera de enfermería, así que te puedes imaginar los nervios que tenía. Sabía que cualquier error o despiste hubiese tenido consecuencias inmediatas en mi futuro. No había estudiado tanto en mi vida, aunque lo irónico es que eso no era más que la punta del iceberg. ¡Ay! —Suspiró— Lo que les espera a esos chavales una vez que empiecen la carrera... y que te voy a contar cuando la terminen —e inmediatamente volvió a sumergirse en la conversación que estaba manteniendo por Facebook con una amiga.

Su respuesta le hizo reflexionar y en ese mismo instante se evadió y su mente se alejó de la conversación y del pequeño apartamento, para acabar sobrevolando aquel día en el que comenzaban sus exámenes de acceso a la universidad. Habían pasado ya seis años, pero aún tenía un recuerdo muy vivo de aquellos días.

Apareció junto a su padre, de copiloto en el coche familiar. Observó entonces el atasco monumental que colapsaba el campus, aquella mañana en la que se examinaban miles de estudiantes simultáneamente. Era una fecha muy importante para muchas familias. En su caso, los exámenes se llevaban a cabo en el Campus de Tafira. Y cuando llegó a la facultad correspondiente, la cola para mirar el aula en que tenía que examinarse era notable. Por suerte, unos amigos de su clase de bachillerato lo colaron y pudo ahorrar algo de tiempo. Por primera vez, iba a realizar un examen en un lugar que le era del todo ajeno e iban a corregirlo unos profesores a los que no conocía de nada.

La pregunta más repetida tras aquellos días tres días era: “¿Qué tal te han salido los exámenes?” Familiares y amigos se interesaban constantemente, pues sabían de la importancia que tenía esa nota para un joven de 17 o 18 años que había terminado bachillerato y cuyo sueño era poder comenzar una carrera universitaria.

Esa semana tan estresante y llena de emociones se esfumó y llegó el verano. No sin antes, claro, desesperarse por conocer las notas que había obtenido en los exámenes y que unidas a su rendimiento en bachillerato determinarían a qué carreras universitarias podría acceder, o lo que es lo mismo determinarían su futuro inmediato. Había mucho en juego.

Cuando se publicaron las notas, en su cara se dibujó una gran sonrisa y una paz interior lo inundó pues era más que suficiente para empezar en tres meses la carrera que tanto ansiaba. El esfuerzo se vio recompensado y comprendió que se abría una puerta llena de nuevos retos y posibilidades. Ese verano fue uno de los mejores que recordaba, aunque siempre tuvo presente el reto que se disponía a comenzar.

— ¡Eh, cariño, vuelve a la tierra! —Dijo Alicia devolviéndolo al diminuto piso en el que se encontraba  
— Llevas un par de minutos embobado —le reprochó—, Estoy cansadísima, así que me voy a la cama que en unas horas tengo que estar en pie de nuevo.

Y tras levantarse y guardar el portátil en su funda con un diseño de la bandera británica que le traía muchos recuerdos, se acercó al sofá en el que aún estaba cenando él y le susurró al oído:

—Buenas noches, te quiero —y desapareció en las sombras del único dormitorio que tenía el apartamento.

Una vez que se quedó solo en el acogedor salón cogió el mando a distancia que estaba sobre la mesa y apagó la televisión. La sensación que le produjo el silencio le reconfortó. Continuó cenando pero su mente voló nuevamente y volvió a aquel año en el que comenzaba su primer curso de universidad.

Se situó en el primer día de su etapa universitaria, lo recordaba con asombrosa claridad. Acudió en guagua a la facultad, pues aún se estaba sacando el carnet de conducir. ¡Cuántas mañanas de aquel primer año esperaba muerto de sueño la guagua que lo llevase hasta el campus! La 26 sí, recordaba incluso la cara de pocos amigos que tenía el chófer. Tenía que cogerla temprano pues el atasco que se formaba en el acceso al campus lo conformaban cientos de vehículos y sabía que un ligero retraso podría suponer llegar tarde el primer día.

Al entrar por primera vez en la facultad le invadió una extraña sensación de miedo e incertidumbre ante lo que se le aproximaba, pero por otra parte también le inundó la satisfacción por empezar una

etapa que muchos le habían dicho que sería inolvidable. Revisó el horario y comprobó el aula dónde en cinco minutos daría comienzo su primera clase. Y es que cinco minutos después tras haber entrado en tres clases diferentes se dio por vencido y preguntó a la primera persona con la que se tropezó en las escaleras. No podía creerse que fuera incapaz de encontrar el aula correcta. Finalmente, consiguió dar con el lugar. Y claro ya habían comenzado, por lo que entró con el mayor sigilo posible y se sentó al final. La clase era bastante más grande que cualquiera en la que se había sentado anteriormente, aun así se sintió un poco decepcionado al ver que no era semicircular y con los asientos a diferentes niveles de altura. También le sorprendió la cantidad de estudiantes, todas ellas desconocidas, que escuchaban atentamente. ¿Quiénes de esas personas acabarían convirtiéndose en parte importante de su vida? En ese momento lo ignoraba pero ahora con perspectiva le parecía que fue en ese momento cuando comenzó buena parte de las mejores amistades que aún mantiene hoy día. Es curioso cuantas cosas relacionadas con la universidad desconocía, bueno, y en líneas generales pero en parte por eso se encontraba allí, para aprender.

No obstante, los primeros días transcurrieron muy deprisa. Todo le sonaba extraño —proyectos docentes, horarios, criterios de evaluación, clases prácticas...y un sinfín de conceptos que jamás había escuchado antes—. Aun así, en no mucho tiempo eso iba a cambiar e iba a convertirse en todo un experto en la materia, pues era fundamental si quería aprobar.

Le asombraba la cantidad de asignaturas que tenía, eran diez repartidas en dos cuatrimestres de cinco. El precio de cada asignatura le abrumaba pues hasta ese momento no había tenido que pagar por estudiar. Estudió en un colegio público y de ahí pasó al instituto, también público, que se encontraba a pocos metros de distancia. Aun así se mostró tranquilo al enterarse poco después de que se le concedía una beca del Ministerio de Educación, beca que mantuvo durante toda su estancia universitaria. Y entonces, recordó la suerte que había tenido pues año tras año no paró de aumentar el precio de la dichosa matrícula hasta casi haberse duplicado con respecto a aquel primer curso. Tanto dinero invertido en educación esperando precisamente eso, que se tratase de una inversión, pues recordaba cuántos de sus amigos ya habían encontrado su primer trabajo y aunque con un salario precario disfrutaban de las bondades del mismo.

Todos esos pensamientos estuvieron muy presentes cuando pasaba horas y horas en la biblioteca antes de la época de exámenes. Es paradójico como en aquella época le preocupaba tanto el futuro y

pensaba mucho en que le depararía el mismo. Todo eran planes grandiosos y llenos de éxitos, ignorando, tal vez, de manera voluntaria la dura realidad de la situación económica del país. Por suerte, el día a día era otra cosa. Vivía experiencias que le hacían muy feliz como las horas de risas que pasaba con gente maravillosa, con esos buenos amigos que parecía que conociera desde la infancia. Y que ya fuera en la cafetería o en cualquier otro rincón del campus las vivencias inolvidables se agolpaban en su memoria. Y es que, en ocasiones, incluso se habían saltado algunas clases debido a que olvidaban el reloj cuando estaban juntos.

Los dos primeros cursos pasaron por su mente en forma de rápidos destellos sin pararse en ningún momento concreto. Momentos buenos y malos se sucedieron, suspensos y aprobados, alegrías y decepciones.

Entonces de repente volvió al apartamento. Se había terminado la cena aunque no recordaba haberlo hecho. Se levantó del viejo sofá y fue a la cocina con la intención de dejar para mañana las rutinarias tareas de limpieza. Esto no quiere decir que reinara el caos en el pequeño apartamento. Todo lo contrario, la pareja mantenía en escrupuloso orden cada recoveco y saltaba a la vista que sería difícil encontrar señales de suciedad. Tras abandonar la cocina, entró a oscuras al dormitorio e hizo uso de su poco agudizado sentido del tacto para encontrar su ordenador portátil. Volvió al viejo sofá y tras acomodarse se dispuso a comprobar su correo electrónico.

Mientras esperaba que el ordenador se conectase a la red y casi sin darse cuenta su mente volvió a su etapa universitaria.

Cada curso fue completamente diferente, especialmente el tercer año dado que decidió lanzarse a la aventura como nunca antes lo había hecho hasta ese momento y solicitar una estancia ERASMUS. A pesar de sus veinte años, al principio, esto le produjo una sensación de vértigo. Pensar que iba a pasar casi un año de su vida viviendo experiencias en un país y una universidad extranjera a miles de kilómetros de la isla, en la que exceptuando las vacaciones familiares, nunca había abandonado por tanto tiempo, hacía que el corazón se le acelerase. Aun así tomó la decisión y cuando supo que finalmente su destino era Glasgow, Reino Unido, pasó meses apilando información y difundiendo la noticia entre sus familiares y amigos. Y aunque, en teoría, tenía el nivel intermedio-alto de inglés que

se exigía para estudiar en universidades británicas, pronto descubrió que no sería suficiente para entender a uno de sus profesores escoceses de turno.

Ese año ERASMUS puede resumirse de muchas maneras diferentes, pero si tuviese que quedarse con alguna, él lo definiría como el año de la libertad e independencia. Estar en un país europeo con el único propósito de pasarlo bien, conocer gente y estudiar era un sueño hecho realidad. Ahora valoraba más que nunca lo vivido entonces. En un año se formó infinitamente más como persona que académicamente. Y aunque el primer mes todo fue caótico, en pocas semanas ya estaba plenamente adaptado. Ya saben; instalarse en la habitación del piso que compartía con personas de tan diversa nacionalidad y comenzar a descubrir el nuevo campus, por poner algunos ejemplos, no era tarea fácil, Fueron numerosos los retos a los que hizo frente en aquellos primeros días.

Sin lugar a dudas, su etapa universitaria no sería lo mismo sin su ERASMUS. Claro que no. Había viajado por lugares que desconocía, había hecho amistades que le habían enseñado sus costumbres y su forma de ver la vida, había conocido un sistema educativo y una sociedad diferentes. Entendía mejor el mundo en el que le había tocado vivir, tenía nuevas herramientas para afrontar el futuro y en definitiva un punto de vista mucho más rico en matices que el que poseía un año atrás. Salir de tu comunidad y del pequeño mundo en el que vives el día a día para sentirte parte de algo mucho mayor, a menudo, supone una vacuna contra la intolerancia y la diferencia. Todas esas experiencias lo habían transformado y le produjeron una sensación de madurez y autosuficiencia que nunca antes había experimentado. Cuando su avión aterrizó en el Aeropuerto de Gran Canaria, se sentía capaz de conseguir todo cuanto se propusiese.

El último curso universitario transcurrió entre asignaturas optativas, prácticas laborales y un trabajo final en el que sentía la necesidad de demostrar todo lo aprendido durante cuatro años de esfuerzo y dedicación. La primera semana se reencontró con sus compañeros. Más de la mitad volvían al igual que él de todos los rincones de Europa. No parecía que hubiese transcurrido un año pues los abrazos y las risas rápidamente unieron los fuertes lazos de amistad que los unían.

Parecía mentira que hubiesen pasado cuatro años. Al principio dudaba de si podría acabar la carrera año por año pero las dudas se fueron despejando cuando superó los dos primeros cursos con buenas calificaciones. Dejaba atrás montañas de apuntes y miles de páginas llenas de valiosa información. Había sentado las bases para el comienzo de una carrera laboral.



En lo personal el último año había sido aún mejor ya que en una de las numerosas tardes que pasó trabajando en su proyecto, en la biblioteca general, conoció a una chica llamada Alicia, de la que se había enamorado perdidamente

Los últimos días estuvieron llenos de emociones y despedidas, pero también de mucha autosatisfacción tras haber logrado llegar al final del reto que años atrás había comenzado. ¡Lo había conseguido! Se había graduado en la universidad.

¡Sonó el teléfono!

De repente, como si fuesen escenas de una película, todos los recuerdos se esfumaron. Volvió en sí y tuvo dificultades para ubicarse. Cayó en la cuenta que se había quedado medio dormido en el sofá mientras recordaba todo aquello. Era como si se hubiese transportado al pasado. Aún estaba frente a él la pantalla de su portátil encendida. Rápidamente buscó el móvil que tanto ruido estaba produciendo y descolgó lo antes posible para evitar que Alicia, se despertase. Era tarde y tenía sueño, pero sabía perfectamente quien estaba llamando, por lo que se animó notablemente.

—Buenas noches, mamá —contestó—. Casi me pillas en la cama, ya me iba a acostar.

—Ah, claro, disculpa, otra vez lo he olvidado, es que no me aclaro —respondió su madre al otro lado de la línea—. Se me hace muy extraño que allí sea ya la medianoche.

Eran las doce de la noche en Sídney, Australia, donde ahora se encontraba viviendo en un diminuto piso. En cambio, era mediodía en Canarias. De ahí la confusión de la madre que aún no se había acostumbrado a los numerosos husos horarios que los separaban, pues solo hacía seis meses que su hijo se había despedido de toda la familia en el Aeropuerto de Gran Canaria.

—Entonces, ¿todo bien? —Esa pregunta le arrancó una sonrisa nostálgica, siempre era lo primero que preguntaba cuando llamaba.

—Sí, claro —contestó—, deseando que llegue el fin de semana que estoy agotado.

Y tras una breve conversación en la que su madre lo puso al día de las pocas novedades que habían pasado, se despidió. Solían llamarse un día sí y otro no, aunque en ocasiones la diferencia horaria unido a sus obligaciones laborales le impedían llevar a cabo esa rutina. Aunque por suerte no solo

hablaban por teléfono, gracias a internet se veían a menudo a través de la webcam. Y es que la necesidad había hecho a su madre ponerse al día con las nuevas tecnologías y, a pesar de sus sesenta años, era una experta utilizando Skype.

Lo cierto es que había acabado el postgrado hacía dos años y ahora estaba tratando de ganarse la vida al otro lado del mundo. Se había visto obligado a marcharse al no encontrar empleo en las islas que le habían visto crecer. No es que no encontrase un puesto relacionado con su formación universitaria, es que tras un año entero no había podido trabajar más que algunos días sueltos en la tienda que regentaba un conocido. Le habían obligado a marcharse, parecía que allí no había espacio para él. Se sentía un inútil al no poder empezar en su tierra el proyecto de vida que tanto ansiaba. Tras mucho reflexionarlo, al igual que muchos de sus compañeros de clase, tomó la decisión de probar suerte en cualquier lugar del mundo en el que le estuviese esperando una oportunidad de empezar. No sabía cuándo podría regresar junto a su familia, pero tenía la certeza que no sería a corto plazo.

Lo cierto es que aquella noche estaba ciertamente cansado, así que sin demorarse más apagó la única lámpara que estaba encendida en el salón y se dispuso a acostarse. Entró en silencio en la habitación para no despertar a Alicia y, prácticamente a tientas, se introdujo a su lado en la cama con sumo cuidado. Justo antes de cerrar los ojos recordó todo lo vivido en estos últimos años. Finalmente le vino a la mente una frase de Norman Foster que uno de sus profesores universitarios repetía continuamente en sus clases;

*“Los estudiantes tienden a pensar que hay un corte entre la universidad y lo que viene después. Pero no es así; hay una continuidad entre la universidad y la vida. Yo todavía me siento un estudiante.”*